

Chapultepec, la Colonia Guerrero, el Potrero de la Candelaria Atlampa, la Huerta del Carmen, la Hacienda de Guadalupe en San Ángel. La colonia Guerrero se formó con los terrenos que Martínez de la Torre y Antonio Escandón compraron de la hacienda de Buenavista. Rafael Martínez llegó a ser el poseedor de la mayor parte de los terrenos, pues Escandón sólo ocupó 25.2% de la superficie total. Al igual que en el caso de Somera, Martínez de la Torre no solicitó permiso para establecer la colonia gracias a sus relaciones con el gobierno, lo que evidencia la manera en la que los fraccionadores aprovechaban sus alianzas para favorecer sus intereses. A diferencia

de las colonias Santa María y Arquitectos, la Guerrero no contó con excepción de impuestos a pesar de estar destinada a personas de menores recursos. Esta colonia creció con rapidez y para 1877, tres años después de su fundación, contaba con 10000 habitantes. En 1890 vivían en la colonia más de 31000 personas, entre las que predominaban los obreros, artesanos, albañiles, carpinteros, textiles, jornaleros, zapateros y panaderos. A pesar de que Martínez de la Torre buscaba promover el bienestar de la población, su propósito de crear una colonia de interés social no se cumplió.

A través de la lectura de los artículos que conforman la antología reseñada, se percibe la mirada de

larga duración que María Dolores Morales tiene sobre la ciudad de México. La autora logra exponer con maestría los cambios que se generaron en la capital del país y que ayudan a explicar, en cierta forma, las problemáticas actuales que se padecen en una de las urbes más grandes del mundo. Es de esperar que esta obra se constituya en un referente obligado para los estudiosos de la historia y de la arquitectura, pues a pesar del tiempo transcurrido, los textos de María Dolores Morales resultan un discurso continuo, debido a que las propuestas de análisis que presenta en cada uno de los artículos, bien pueden ser aplicadas al estudio de otras ciudades del país y del mundo.

Para no caer en el olvido

Enrique Esqueda Blas*

Laura Espejel (comp.), *A la caza de cristeros y zapatistas: Historia oral, 50 años en construcción. Homenaje a la historiadora Alicia Olivera de Bonfil*, México, INAH (Historia; Serie enlace), fotos y DVD, 2013, 128 pp.

Como si se tratara de una respuesta al Eclesiastés (2:16), donde

se sostiene categóricamente que “con el paso de los días, todo cae en el olvido”, la Dirección de Estudios Históricos (DEH) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) organizó en 2009 un homenaje a la maestra Alicia Esperanza Olivera Sedano (1933-2012), en honor de la portadora de “una enorme biografía intelectual” y justificado¹

por sus cincuenta años como investigadora. El libro producto de ese homenaje consta de una presentación de Arturo Soberón, una nota preliminar de Laura Espejel, “la mano derecha”² de Olivera, y siete escritos de sus discípulos y colegas conoedores de la historia social y cultural y de la teoría y metodología de la historia oral. Lo complementa

¹ Laura Espejel (comp.), *A la caza de cristeros y zapatistas: historia oral, 50 años en construcción. Homenaje a la his-*

toriadora Alicia Olivera de Bonfil, México, INAH, 2013 (Historia; Serie enlace), fotos y DVD, p. 14.

² *Ibidem*, p. 24.

*El Colegio de México.

un documental titulado *Una historia de la Historia*, de contenido breve y claro, bellamente ilustrado y musicalizado por la Dirección de Medios de Comunicación del INAH, resultado de una entrevista de Espejel y Salvador Rueda a la maestra homenajead. En conjunto, los textos versan sobre aspectos de la vida personal, pero fundamentalmente académica de Olivera, y son preludeo para conocer la historia de la historia oral en México y reflexionar sobre sus avances y debates actuales. Si se trata de encontrar un denominador común en las participaciones, éstas, de una u otra manera, consideran la memoria como “la savia de la vida”.³

De acuerdo con Soberón, Olivera fue una historiadora que contribuyó con “los andamiajes para cimentar una nueva ruta de conocimiento histórico”⁴ y recorrió con micrófono y grabadora en mano diversos lugares del país. Hizo de la historia oral un medio para acercarse a una visión alternativa del zapatismo, respecto a la visión construida por los documentos escritos, sobre todo oficiales. Con la oralidad dio cuenta de sus ideales políticos y relaciones con el gobierno revelando “con facilidad el impulso psicológico de los zapatistas, sus formas de sociabilidad, sus ideas y expresiones colectivas, perfiles individuales, hábitos, en fin, el rostro profundo de su masa integrante”.⁵ Antes de los zapatistas tuvo acceso al mundo cristero tras conocer a Miguel Palomar y Vizcarra, quien la ayudó a perci-

bir la complejidad de una rebelión, hasta ese entonces estigmatizada y cargada de prejuicios, que retrataban a sus excombatientes como fanáticos religiosos. Con indiscutible mérito, los relatos orales que Olivera ayudó a levantar hoy constituyen un patrimonio intangible; pero aunque éstos son ciertamente valiosos, es preciso evitar la fascinación de venerarlos.

En “Entre danzas y cristeros”, Ricardo Pérez Montfort presenta el perfil físico y emocional de Olivera destacando su sensibilidad para vivir el México profundo. Se dice que su formación osciló entre los polos de la educación liberal de su padre y la influencia católica de su abuela. En lo concerniente a su trayectoria como historiadora, ésta se benefició del rico ambiente intelectual de sus años de licenciatura, en parte, por el magisterio de profesores del exilio español. Por fortuna, Olivera habría de ignorar a quienes la desalentaban de escudriñar el periodo cristero, aduciendo, entre otras razones, que aún “no le había caído suficiente polvo”.⁶ De ahí que al seguir sus propias inquietudes se empeñara en conocer el conflicto de 1926 a 1929, rescatara archivos y reivindicara la historia oral (hoy podríamos decir: anunciando los enfoques de la historia desde abajo, la historia cultural y la historia del tiempo presente). Dirigida por el profesor Wigberto Jiménez —un hombre a quien muchos se refirieron como sabio— no sólo escribió su tesis sobre el levantamiento cristero, sino que poco tiempo después publicó *La literatura cristera*, don-

de dio voz a las clases populares más que a los grupos políticos o económicos, con interés en los procesos de transmisión cultural. De esta manera, su enfoque consideraba a los actores, sus condiciones materiales de existencia y orden cotidiano, así como su mundo sentimental y subjetivo. La labor de investigación de Olivera derivó en la compilación *Corridos de la rebelión cristera*, en el número 20 de los discos fonográficos del INAH; posteriormente, en 1969 sería la iniciadora del Programa de Historia Oral del INAH, mismo que coordinaría durante catorce años.

Salvador Rueda, “discípulo, testigo e hijo de la maestra Alicia”,⁷ nos conduce en su apasionado “Recordar voces proscritas” por los violentos inicios de los años setenta, una época de luchas guerrilleras, secuestros y asesinatos, que le sirven de contexto para hablar del tiempo en que realizó su servicio social con la maestra, en el Programa de Historia Oral. Ahí comparte cuál fue su primera impresión de su maestra, las encomiendas que debió realizar para ponerse al día y las habilidades que desarrolló para entrevistar a protagonistas de la Revolución mexicana y militantes de la lucha cristera. En sí misma, la vía seguida por Rueda está vigente para quienes deseen incursionar en los mismos tópicos apoyándose en fuentes bibliográficas, hemerográficas y entrevistas orales. Asimismo, advierte las aportaciones a la historia oral efectuadas por su mentora en cuanto a la escritura de contrahistorias de las

³ *Ibidem*, p. 48.

⁴ *Ibidem*, p. 9.

⁵ *Ibidem*, p. 10.

⁶ *Ibidem*, p. 19.

⁷ *Ibidem*, p. 26.

versiones institucionales. Rueda destaca la habilidad de la estudiosa para escuchar, sin que las narraciones cayeran en autoelogios o exculpaciones. Para él, la profesora buscó las raíces de un conflicto religioso en los jóvenes que cuestionaban los resultados de la Revolución; recuperó sus perfiles, sus idearios políticos, cosmovisión y los vínculos entre eclesiásticos y autoridades políticas. Adicionalmente supo de la Acción Católica de las Juventudes Mexicanas (ACJM), la conformación de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR) y los Caballeros de Colón (CC). Para ello analizó las trayectorias de los jefes y percibió la ausencia de caudillos plenamente consolidados y reconocidos a nivel nacional. Desarrolló las biografías de cristeros “típicos” como Victoriano Ramírez y permitió ahondar en personajes conservadores como el padre Joaquín Sáenz, cuyo pensamiento neocontrarreformista es diseccionado por Rueda. En este sentido, son dignas de mención sus publicaciones: *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929: sus antecedentes y consecuencias* (1966) y *Tres jefes cristeros* (1986). Por último, muestra cómo la maestra desmenuzó las publicaciones cristeras, en particular desde las hojas de *Peoresnada*, por medio de las cuales se acercó a la representación política cristera y a sus demandas, que incluyeron un estado autónomo con gobierno y leyes de inspiración católico-sociales. Salvador Rueda concluye que Olivera incursionó en vetas históricas descuidadas hasta entonces, empleando técnicas novedosas de generación de conociemien-

to, con las cuales ha sido posible “conocer, con otras perspectivas, nuestro pasado”.⁸

En la colaboración “Vales tanto cuanto recuerdas”, Eugenia Meyer, colega de la investigadora del INAH, se presenta como su alumna y resalta que si bien hubo antecedentes de uso de las grabadoras en el rescate de voces de exrevolucionarios, éstas en realidad tendían a ser más lecturas que entrevistas. Olivera y Meyer pretendían lograr una reinterpretación a contracorriente de la Revolución mexicana, por lo que debieron moverse a marchas forzadas para hacerse de los conocimientos necesarios para sus tareas de comprensión histórica y luchar contra las inercias de profesionales escasamente abiertos a la renovación. Su esfuerzo dio a conocer actores marginados dentro de las facciones derrotadas de la Revolución. Con el tiempo, se produciría el distanciamiento entre ellas: una se abocaría a los veteranos zapatistas y otra a los villistas, actuando de manera más autónoma y bajo sus propios enfoques. Meyer evidencia los cruces entre oralidad e historia contemporánea y asume críticamente los errores de principiantes que cometieron, los retos que enfrentaron para construir una metodología bajo supuestos científicos, las habilidades requeridas como entrevistadoras, sus búsquedas de comprensión de cadencias y contenidos, además del miedo a identificarse con los entrevistados.

⁸ *Ibidem*, p. 39.

En “Todo tiempo pasado fue anterior”, Antonio García de León ofrece un pequeño pero denso ensayo sobre las relaciones entre el pasado y el presente, así como sobre los usos y manipulaciones de la memoria. El argumento que esgrime plantea a la historia oral como una puerta de entrada al pasado, pero igualmente, a los mitos entremezclados con lecturas *a posteriori* de acontecimientos, que son de considerable valor para indagar las relaciones sociales en un momento determinado. Por ello se debe prestar atención tanto a lo narrado como a lo acontecido y escuchar hasta alcanzar una especie copresencia virtual con el entrevistado. La reminiscencia oral sería parte “del juego imprevisible entre la circunstancia y el azar, el del ir y venir entre la premeditación y lo inesperado”.⁹ En suma, apuesta por el cotejo de fuentes, el análisis de las inflexiones en las narrativas y el contacto entre lo individual, lo social y el tiempo para reconocer los encuentros y desencuentros entre el presente y el pasado, de los cuales depende percibir el cambio.

Gerardo Necochea Gracia continúa la línea teórica presentada por De León para introducirnos en “Historia y memoria en retrospectiva” a las discusiones sobre la memoria y el recuerdo entendido como acción y diálogo en constante construcción, ambos conceptos indispensables para examinar y aprovechar las fuentes orales.¹⁰ Aunque él se inscribe en una ge-

⁹ *Ibidem*, p. 56.

¹⁰ *Ibidem*, p. 67.

neración de historiadores orales interesados en proyectos comunitarios —desde los cuales se ha buscado la democratización del conocimiento histórico— rememora a Olivera como promotora de los seminarios sobre movimientos campesinos y de estudios obreros y reconoce su contribución no sólo como creadora de fuentes sino como crítica de los usos del recuerdo en el presente. Necochea tiene en cuenta la convergencia entre política e historia, por lo que plantea tres asuntos ligados a la historia oral: el memorialismo, los estudios de la memoria y las relaciones entre memoria e historia. El primero de ellos recibe un tratamiento dual al asociarse a la literatura testimonial (entre otras de corte autobiográfico), que en ciertos sentidos desplaza a la historia y corre el riesgo de caer en la banalidad y la moda; aunque funcione también en la armonización del individuo, los grupos sociales y la nación. Se trata de un universo donde la memoria no tendría por qué expresar fielmente las experiencias vividas, sino evocar una construcción de significados, interpretaciones y valores. Con relación a las dos materias siguientes habría tres discursos sobre la memoria individual y colectiva, dos antagónicos y uno conciliatorio representados por Maurice Halbwachs, Reinhart Koselleck y Paul Ricoeur. Halbwachs concibe la memoria como un fenómeno social mientras que Koselleck lo enuncia como individual, de ahí que la manera de resolver esta polarización sea, como propone Ricoeur, evitando supeditar la me-

moria a la historia y aceptando a la primera como una forma de conocimiento dialógico y mutable, a través del recuerdo. Para Necochea, Olivera evitó el memorialismo y, en cierto modo, combatió la “arrogancia exclusivista de la historia como la única forma de conocer y establecer criterios de verdad”.¹¹ Siendo relevante mencionar que la profesora realizó los libros *Mi pueblo durante la Revolución* y *La tradición oral sobre Cuauhtémoc* donde estas valoraciones se reafirman.

Viene después “La trascendencia histórica del zapatismo” donde Felipe Ávila se cuestiona por qué una facción militar derrotada y desplazada de la construcción del Estado nacional alcanzó una inmensa significación histórica entre la población. Para responderlo hace un repaso historiográfico en el que recalca la homogeneidad social y el radicalismo de los intelectuales zapatistas, el cual gracias a su práctica de autogobierno transformó las relaciones sociales, permitió la recuperación de tierras y puso en la agenda nacional reformas económicas, jurídicas, laborales y educativas que capitalizaron los vencedores. Sin embargo, desde el punto de vista militar, se comparte que el zapatismo fue una confederación de grupos que establecieron relaciones diferenciales con las comunidades y fue durante la posrevolución cuando los símbolos zapatistas se emplearon para legitimar la reforma agraria y conducir desde el poder al campesinado.

¹¹ *Ibidem*, p. 71.

Bajo una perspectiva más empírica, el libro cierra con “La organización sanitaria del Ejército Libertador del Sur”, un artículo de Laura Espejel sobre la guerra, la muerte y la enfermedad en el zapatismo apoyado en fuentes documentales y orales, que obliga a discurrir sobre la naturaleza de la experiencia en el frente. Su análisis es notable y muy sugerente en cuanto a las preguntas agudas que se plantea sobre el peso de la salud y la enfermedad en la guerra, su acertada observación de los mecanismos culturales de las comunidades para sanar a sus integrantes y las respuestas institucionalizadas de la Brigada Sanitaria del Sur, los hospitales y puestos de socorro. La autora subraya la ferocidad de los embates federales contra el zapatismo en una guerra con tintes genocidas; así como los estragos de las epidemias de tifo, viruela e influenza, que redujeron drásticamente la población en el estado de Morelos. Por otra parte, informa del perfil de los atendidos, sus afecciones, los estudiantes y médicos que se incorporaron al servicio, los insumos de curación, los distintos estatus de los pacientes y contrasta la respuesta médica zapatista con la villista. Se trata entonces de uno de los esfuerzos historiográficos más integradores realizados por la autora.

Por todo lo anterior, *A la caza de cristeros y zapatistas* constituye tanto un acervo testimonial sobre la vida y obra de la maestra Alicia Olivera como una lectura esencial para quienes desean adentrarse con profundidad en el terreno de la historia oral, cristera y zapatista.